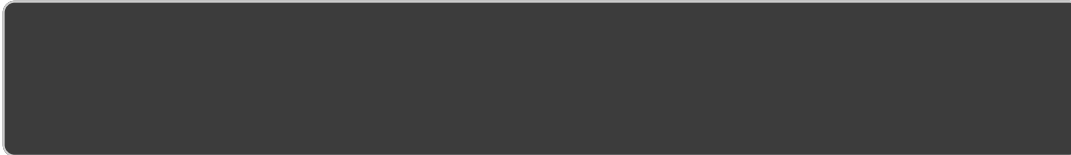


Entrevistas

[Home](#) / [Entrevistas](#)



Germán
Rueda
Hernan



Luis A.
García
Morenc



Carlos
Martínez
Shaw



Juan
Gil

Catedrática de Historia Moderna. Universidad Complutense de Madrid y Académica de Número de la Real Academia de la Historia. Premio Extraordinario de licenciatura (1984). Premio Extraordinario de Doctorado (1988). Finalista del Premio Nacional de Historia (1990). Premio Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades (1993). Vocal de la Fundación de Historia Moderna (2003-2004). Miembro del Consejo



Científico de la Casa de Velázquez (Ministère de l'Enseignement et de la Recherche. (France) (2007-2010). Miembro del Comité Regional de Patrimonio Histórico de la CAM (Comunidad Autónoma de Madrid)

periodo 2008-2012. Miembro del ITEM (Instituto de Teatro de Madrid. Adscrito a la Universidad Complutense de Madrid) desde enero de 2008. Miembro del Consejo de Cultura de la CAM (2009-2012). Vocal del Patronato del Archivo General de Simancas. Coordinadora del Máster en Historia de la Monarquía Hispánica (UCM) 2010-11; 2011-2012,2012-2013. Miembro del Consejo Asesor de la Revista Hispania. Editada por el Centro de Humanidades del C.S.I.C desde 3- 2006 a 12-2010. Miembro del Consejo Asesor de la Revista Anales Cervantinos. Editada por el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del C.S.I.C desde el 1 de enero de 2010 hasta la actualidad Miembro del comité asesor de la colección Los hombres del rey editada por el Centro de Estudios Europa Hispánica y la Editorial Marcial Pons desde enero de 2011. Miembro del comité científico de la revista electrónica E-SPANIA. Revue interdisciplinaire d'études medievales et modernes desde enero de 2011. Miembro del Consejo Asesor de la revista ASTORICA desde enero de 2012.

MH. Su último libro “Los banqueros y la crisis de la Monarquía Hispánica de 1640”, en el que analiza las implicaciones entre la banca y la política en aquellos difíciles años, es uno más de los que usted ha escrito sobre las redes financieras europeas que operaron durante la Edad Moderna. ¿Por qué eligió esta línea de investigación?

R. Quizá me deslumbraron los extraordinarios “maestros de papel” que se habían dedicado a estos temas. Mi primer profesor de Historia Moderna en la Facultad, D. Manuel Martín Galán, ofrecía unas amplias bibliografías comentadas antes de sus clases y fue el primero que me hizo atractivos los artículos y los libros sobre la Hacienda de Carlos V, Felipe II y Felipe IV. Ramón Carande, Modesto Ulloa, Domínguez Ortiz, Felipe Ruiz Martín, Enrique Otte..., se convirtieron para mí en lecturas prioritarias dentro del amplio abanico que nos ofrecía. A medida que leía más era más consciente de los vacíos historiográficos, de las lagunas bibliográficas, de



Consue Varela



Miguel Ángel Ladero Quesac



Gabriel Tortella Casare



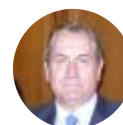
José Ángel Sesma Muñoz



Santiago Muñoz Machac



Manuel Ravina Martín



Luis Ribot García

Carmen Sanz

hasta qué punto esta parte de la historia de la época de los Austrias se contaba como un capítulo aparte, pegado pero no integrado, en la construcción del devenir histórico de la Monarquía Católica en los siglos XVI y XVII.

MH. Conoce usted como nadie las reacciones de hombres de negocio que suscribían las operaciones crediticias con la Corona hispana en el siglo XVI, y su intervención en las crisis políticas y financieras de aquella época. Salvadas las distancias, ¿no percibe un cierto *déja vu* cuando los periódicos de estos últimos años nos dan cuenta de nuestra propia crisis bancaria y económica en general?



Ayán



Carlos
Pascua
del
Pino



Hugo O
'Donnel

R. Creo que la historia, no es cíclica ni se repite inexorablemente. Pero es útil servirse de las experiencias pasadas para intentar comprender nuestro presente. No se trata de encontrar todas las respuestas en el pasado se trata de conocerlo –con sus especificidades temporales, socio-políticas, económicas y culturales-, para saber de dónde venimos y tener así más recursos que nos permitan saber hacia dónde podemos ir. Perder el poso de reflexión que nos ofrece conocer nuestro pasado, nos hace extremadamente vulnerables y manejables, también. En esta crisis financiera que nos está tocando vivir, las escasas referencias históricas que han salido reflejadas en la prensa y en los medios de comunicación aludían, fundamentalmente, a la crisis del 29. Creo que tiene que ver con el propio conocimiento de los comentaristas y con unos planes de estudio que minimizan todo lo que no sea historia ultra-contemporánea. Pero es evidente que hubo crisis especulativas y crisis de deuda pública con anterioridad y conocer sus orígenes, sus gestores, sus afectados y las soluciones que se encontraron entonces para darlas por zanjadas, nos permitiría entender y afrontar nuestro presente con mejores instrumentos de análisis.

MH. La imagen que tenemos –y tenían nuestros antepasados- de la llegada de los galeones cargados de metales preciosos de América para su entrega a los prestamistas (genoveses, alemanes, portugueses) y comerciantes extranjeros con destino a otras plazas de Europa está muy extendida ¿Realmente sucedió de esta manera?

R. Lo primero que hay que aclarar es que no todo el metal precioso que llegaba de América era para el rey. Las remesas de Indias alimentaban el flujo comercial internacional legal e ilegal. Proclamar la existencia de un monopolio no significaba que todos lo respetaran. La práctica del contrabando, - o comercio informal-, es una variable que hay que tener muy presente en estos procesos. La parte de metal precioso destinada a la Corona, el Quinto Real, se utilizaba como cualquier otro recurso fiscal, aunque la plata americana ofrecía un plus cualitativo y cuantitativo a la corona, que los banqueros internacionales sabían apreciar. Lo que no se puede afirmar es que esos recursos fueran los únicos que sostenían la política hegemónica del sistema político hispano-habsbúrgico. El negocio de los financieros internacionales que manejaban los resortes del mercado de capitales en esta época - y que eran los únicos capaces de transferir dinero, cambiar moneda y responder a las

necesidades bélicas de la Monarquía en distintos y distantes lugares de su geografía, estaba íntimamente ligado también a la obtención del producto de los impuestos, fundamentalmente castellanos y napolitanos, cuyo producto se prometía con antelación, y a la gestión de la deuda pública emitida sobre todos los recursos fiscales de la Real Hacienda.

MH. Hoy la globalización es el término de moda, pero ¿no existía ya, en cierto modo, durante los siglos XVI y XVII un sistema comercial de alcance análogo, en el que las finanzas circulaban libremente por todos los territorios occidentales y las mercancías por todos los mares?

R. Hay que establecer jerarquías en la denominación pero no cabe duda de que, desde finales del siglo XV, se abren las puertas de una “primera globalización” de la que son artífices políticamente, los imperios ibéricos y a partir de 1580 y hasta 1640 la Monarquía Católica, que era la denominación de la época que se daba a la Monarquía Hispánica.

MH. Preguntábamos en otra de nuestras entrevistas a un conocido editor (Carlos Pascual) si los departamentos universitarios de Historia seguirían, a su juicio, siendo la fuente “natural” de los textos que se publican o si, por el contrario, la investigación se va desplazando a otros ámbitos ya no estrictamente académicos. Desde su perspectiva universitaria, ¿qué opina al respecto?

R. La crisis nos está obligando a todos a hacer un ejercicio de reflexión sobre nuestro propio trabajo y sobre el mejor modo de mantener viva nuestra actividad investigadora. Personalmente no puedo concebir la vida universitaria sin la existencia de departamentos que mantengan un nivel de producción investigadora de calidad. Pero en este sentido, en los últimos años, se han producido muchos desequilibrios que creo habría que ir limando. Hay universidades con un alto número de alumnos que exigen de sus profesores una enorme dedicación docente, traducida en muchas horas de clase y en gran cantidad de grupos y alumnos a los que atender mientras otras, sin apenas obligaciones docentes, dan a su profesorado más tiempo y –hasta hace muy poco– más recursos para dedicarse a la investigación. En las primeras, mantener –como se sigue manteniendo– un alto nivel investigador es a veces heroico y tiene un enorme coste personal. De otra parte la financiación de esas investigaciones, que hay que decir que en humanidades son baratas y ofrecen, en general, muy buenos resultados– ha dependido casi siempre de las convocatorias competitivas promovidas por instituciones públicas. Esto es así no solo porque no hemos sido suficientemente activos a la hora de buscar financiación privada sino porque, además, la obtención de ese tipo de financiación no era valorada desde un punto de vista institucional ni curricular. Creo que la crisis debe ayudar a replantearnos un sistema, quizá demasiado rígido y muy distinto del que encontramos en otros ámbitos universitarios internacionales.

MH. Nuestro patrimonio documental y archivístico es extraordinario, sin duda, pero parece que progresivamente los investigadores españoles

acceden con mayor frecuencia a otras fuentes documentales en bibliotecas y archivos extranjeros. ¿Esto es así o aún seguimos demasiado vinculados a nuestras propias fuentes?

R. Si, en algún momento esto ha podido ser así, en la actualidad nuestros investigadores no tienen problemas –salvo el estricto límite económico que deben solventar con ayudas y becas- para desplazarse a otros países y desarrollar su labor en archivos y bibliotecas de fuera de nuestras fronteras. Claro que hay países que cuentan con una infraestructura institucional (Casa de Velázquez, Instituto Arqueológico Alemán...) que tradicionalmente ha facilitado la movilidad y la permanencia de sus investigadores en otros lugares. En ese sentido quizá sería necesario pensar en cómo optimizar nuestros recursos culturales en el exterior, para canalizarlos y cubrir, en parte, estas necesidades.

MH. En esa misma línea, la facilidad de acceso a los documentos históricos mediante su digitalización ¿es realmente un avance o choca con las reticencias de quienes se consideran depositarios de un tesoro documental que debe ser preservado mediante restricciones a su conocimiento generalizado?

R. Creo que la era digital ha revolucionado nuestras formas de trabajo. La digitalización es un avance objetivo incluso cuando lo único que se nos facilita a través de la red son catálogos o inventarios. El acceso a libros y documentos agiliza y acelera nuestra labor pero hoy por hoy, la consulta “in situ” sigue siendo imprescindible. El caudal de documentación de Archivos como el de Simancas, el Archivo General de Indias o el Histórico Nacional no es posible colocarlo en la red, a pesar de que se ha hecho mucho trabajo y que estas instituciones son muy generosas si se compara con otras de fuera de nuestras fronteras.

MH. Junto a sus proyectos de investigación en los sectores económicos o financieros (como el que lleva por título *Circulación, Patrimonio y poder de élites en la Monarquía Hispánica (1640-1715)*) ha prestado usted atención preferente al teatro barroco y a las fiestas palaciegas. ¿Por qué su atención a dos mundos en apariencia tan distintos?

R. En principio, comencé por estudiar el teatro barroco como fenómeno socioeconómico. Me interesaba entender el funcionamiento de las compañías de representantes y hasta qué punto el hecho de que el teatro fuera un negocio, condicionaba la producción dramática de nuestro Siglo de Oro, incluidas dentro de él las “Fiestas palaciegas” que no eran un simple divertimento, sino la manifestación ideal del poder a través de un código lúdico-cortesano. También tuve la suerte de formarme con D. José Alcalá-Zamora que nos invitaba a estudiar la evolución política de la Monarquía Hispánica con los textos y la biografía de Calderón de la Barca de modo que nunca pensé que adentrarse en estos terrenos, pudiera ser incompatible con dedicarme al estudio de las élites financieras que, en ocasiones, costearon y encargaron estas fiestas. Se trata de analizar y entender los procesos históricos en un todo integrado y no como compartimentos estancos.

MH. Ha sido usted finalista del Premio Nacional de Historia en 1990 y Premio Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades en 1993. ¿Cómo una historiadora profesional logra traspasar la frontera, no siempre clara, entre su propia obra investigadora y lo que habitualmente se entiende por “ensayo”?

R. El ensayo puede acercar a un lector no especialista, procesos reflexiones y conclusiones extraídas de una rigurosa investigación previa, que por su propia naturaleza, está plagada de tecnicismos y notas a pie de página que alejan de nuestra obra a un lector interesado por la narración y las conclusiones pero no por los procesos metodológicos que hemos seguido para llegar a ellas. Debates sobre el auge de la pseudo-historia, del intrusismo o del éxito de las novelas históricas (sean buenas o malas) tienen detrás el hecho evidente de que los historiadores profesionales no estamos siendo capaces de transmitir con suficiencia, los avances conseguidos en nuestras áreas de conocimiento. Creo que uno de nuestros compromisos profesionales es intentar salvar esa barrera y aunque a veces es difícil pasar a otro “género literario”, es nuestra obligación intentarlo.

MH. En cuanto académica nos vemos obligados a plantearle la misma pregunta que hacíamos a Don Hugo O’Donnell: a veces parece como si la Academia de la Historia no tuviese en nuestro país el peso que merece y sólo se habla de ella con motivo de polémicas más o menos políticas. ¿Cómo podría la Academia conseguir que los españoles tuviesen más aprecio por su historia?

R. Alude en su pregunta a D. Hugo O’Donnell y suscribo plenamente todas las afirmaciones de su respuesta. Dos de las características definitorias de la Academia son su independencia y su pluralidad; señas de identidad que pueden entenderse mal en estos tiempos de neo-helenismo, como suelen calificarlo nuestros compañeros D. José María Blázquez y D. Francisco Rodríguez Adrados. Los ciclos de conferencias de la Academia y sus publicaciones, dadas a conocer por todos los medios a su alcance, incluida su página web, dan testimonio de esa labor constante y son la muestra evidente de nuestro quehacer. El que los españoles no sientan aprecio por su historia, según Ud. afirma, quizá sea un problema de fondo que tiene que ver con qué se ha considerado prioritario y secundario en nuestros planes de estudio occidentales y en la jerarquización de los saberes de nuestra sociedad actual, no sólo en España, sino en buena parte del mundo desarrollado y en vías de desarrollo. De si en realidad, para la consecución de ciertos objetivos, -según afirma entre otros, la pensadora y filósofa Martha Nussbaum-, es más cómodo contar con individuos “sin historia”.

Entrevistas

